

Psicología española

Asturias intelectual

No hace mucho, discutieron dos escritores asturianos acerca de la característica intelectual y sentimental de este pueblo. Uno le acusaba de excesivamente práctico y vulgarón, *terre á terre*, como dicen muy gráficamente los franceses. El otro quiso probar lo erróneo de esta acusación y alegó una enorme lista de poetas, de pintores, de filósofos y sus congéneres, de hombres, en fin, cuyo espíritu había vibrado á impulsos de las más altas idealidades. En una polémica, esas listas hacen falta; son el argumento *de hecho* que decide casi sin apelación, no obstante lo complejo de los orígenes espirituales de individuos y grupos. Pero repetirla aquí sería labor ociosa y pesada. Cualquiera de mis lectores la puede encontrar ó rehacer fácilmente y, con ella, lo que comúnmente se llama el cuadro intelectual de una región.

Creo preferible decir algo de mi propia experiencia, que en este caso puede ser testigo de mayor excepción. Tomada con cariño, trabajada fervorosamente á diario, una cátedra es el mejor laboratorio experimental de psicología que puede soñarse. Para ello es preciso, por de contado, que el número de alumnos sea corto y la intimidad con ellos grande. Cuando un profesor se encuentra ante una masa anónima de cientos de discípulos y pone entre ellos y él la

barrera de la plataforma y la mesa con tapete de terciopelo, la relación espiritual no tiene otras manifestaciones que el disimulo por una parte y la tiesura didáctica por otra. Afortunadamente, las costumbres y las condiciones de nuestra Universidad no son esas, sino las que deberían ser siempre. Fué ésta una de las sorpresas más gratas que tuve cuando aquí vine y uno de los más poderosos auxiliares de mi labor académica. He podido, pues, observar y experimentar en circunstancias sumamente favorables. Á ellas hay que añadir otra que se refiere á mí exclusivamente, y es que no soy asturiano.

Siempre que se habla de psicología colectiva, se comparan y contraponen las ventajas é inconvenientes que ofrece al observador el ser indígena ó extraño. Cosas tiene el alma de un pueblo que difícilmente podrá estimar quien, educado en un medio diferente, sólo llega á tener fugitivo contacto con ella; pero en cambio, la participación de cualidades determinadas da cierta miopía respecto de ellas. Lo de no ver la viga en el propio ojo, es algo más que fruto de la vanidad humana; es sentencia aplicable á todo el *nosce te ipsum*. Esto explica la agudeza, la penetración verdaderamente asombrosa que á veces tienen las observaciones de los extranjeros en punto al carácter de la nación que visitan ó en que residen temporalmente. Algo de esa ventaja me alcanza á mí, tocante á los asturianos. Dentro de la unidad psicológica del *español*—hecho histórico innegable en muchos respectos—hay bastante distancia entre *mis* madrileños de ayer y *mis* asturianos de hoy, para que yo pueda advertir con especial realce las diferencias entre ambos y las singularidades de este pueblo en que ahora vivo.

Refiriendo mis observaciones al tema de la discusión mentada al comenzar, debo decir que el resultado de aquéllas es como lógicamente podía presumirse: un pleno testimonio de la compatibilidad entre el espíritu *práctico* (¡y cuán vaga es esta denominación!) y el sentido ideal. Nada de extraño hay en esto. El pueblo inglés, considerado

como uno de los más *positivos* del mundo, es también de los más altamente *ideales* que la humanidad ha producido hasta ahora. Entre nosotros, la región catalana es un excelente ejemplo de lo mismo; al lado del mundo que Oller pintó admirablemente en *La febre d'òr*, al lado de los fabricantes y los mercaderes, está el mundo á que pertenece el mismo Oller, y en que han nacido y arraigado el *Cau Ferrat*, el *Teatre íntim* y tantas otras creaciones artísticas.

Asturias es así, aunque no al modo de Inglaterra, sino al modo de España; es decir, como corresponde á un país de cultura y de educación social inferiores. En términos generales, todo inglés presenta el feliz concurso de aquellas dos cualidades antes referidas. El asturiano las ofrece separadas en individuos distintos; para ser completamente exacto, diré más bien que los hombres *ideales* de Asturias suelen ser al propio tiempo espíritus prácticos, de una solidez positiva, que les fija los pies en el terreno que pisan, sin dejarles flotar en el vacío; pero en cambio, el resto es pura y simplemente *terre á terre*, con todas las cualidades del Sancho Panza tradicional: frío, calculador, sagacísimo, ingenioso, *positivo*, siempre sobre sí, de un talento natural que asombra, de una «ciencia del vivir» hereditaria en las generaciones y que se ajusta á todos los medios, alegre como un francés y amigo de las fiestas como un valenciano. Este es el tipo dominante.

Sus aficiones no son intelectuales; sus recreos no son librescos ni especulativos. Creeríais, al verlo representado en la juventud escolar por alumnos más ó menos aplicados, más ó menos cumplidores de su deber, pero faltos de calor por la ciencia misma, satisfechos con la mínima tasa que permite *aprobar* el curso, indiferentes ante la investigación ideal que no lleva bien claro é inmediato el sello de lo *útil*, que tienen razón los que acusan de prosaísmo á la raza asturiana. Pero de entre esa masa anónima surgen, más á menudo de lo que pudiera creerse, los ideales; y éstos, cuando nacen en Asturias, se llaman Campomanes, Jove-Illanos, Sánchez Calvo...

Sin ellos, gran parte de la historia intelectual de España, desde mediados del siglo XVIII, sería imposible de escribir. Me diréis que constituyen una excepción, ó más exactamente, una minoría. Buscadme un pueblo en que la proporción entre el vulgo y los espíritus escogidos sea más alta y en que estos últimos tengan una representación social tan notable. Yo seguiré prestando fe completa á la virtualidad intelectual de Asturias. Todos los años la veo rebrotar, fresca y halagadora, para los que en cierta manera parteamos almas, en el tronco de la juventud que, aun cuando parece seco, está interiormente animado por ríos de savia fecundísima.
